



# *Cuadernos del Rebalaje*

Número 14 / Málaga. Marzo-Abril de 2011/ ISSN: 2174-9868

Publicación digital bimestral editada por la asociación cultural Amigos de la Barca de Jábega

## **El cojo del balneario**



Ramón Crespo Ruano

## Ramón Crespo Ruano



Nace con cesárea en Madrid, 1954, y se licencia en Filología Hispánica en la Universidad Complutense, 1976. Sirviendo a la patria en Tarifa, 1977, probó el mar y se enganchó para siempre. Aprendiz de paleño desde 1986, trocó el oso y el madroño por el boquerón y la biznaga.

Trabaja en el I.E.S. El Palo con la condición invisible de catedrático de Lengua y Literatura y con el lema de *enseñar deleitando*. Combina la didáctica y creación literarias en *todosignos*, wiki escolar que cultiva con sus alumnos, donde pueden leerse algunos de sus cuentos.

En 1994 obtuvo el premio Joaquín Guichot en su VIII edición por la *Guía de autores malagueños* junto con el equipo de profesores y alumnos que coordinó.

A finales de los años ochenta participó en *La Corná*, revista malagueña de creación literaria. En 1995 publica *Ático deshabitado*, poemario editado por *El árbol de Poe*.

Senderista machadiano que cree que *no hay caminos sino estelas en la mar*. En octubre de 2011 recibió el bautismo de mar en barca de jábega con el alias de Camarón. Es vocal de Literatura y Publicaciones de ABJ.



# El cojo del balneario

Ramón Crespo Ruano







Los Baños del Carmen, lugar emblemático y oasis de la encantadora sociedad de la *belle époque* malagueña en el pasado siglo, sigue siendo un espacio hipnótico, magnético y siempre peripatético, si nos atenemos a las informaciones que nos facilita el Comité de Difusión Oral de Indi-Gente, órgano de difusión del *Kampamento okupacional de jipis y asimilados*, que, sito a pie de playa por la cara, ha colonizado la zona. Se trata de las apariciones nocturnas del popularmente conocido como *Fantasma del balneario*.

Todas las noches de gran tormenta y fuertes vientos de levante, siempre según el CDO, se aparece un naufrago con una cojera muy marcada, aunque algunos testigos obvian este detalle...; en fin, si quieren seguir leyendo más, consulten cualquiera de nuestras últimas ediciones. También les invitamos a que visiten personalmente el lugar de los hechos. Una hora recomendable es hacia las doce: los residentes se desperezan y tras las abluciones pertinentes en la mar salada, se obsequian con un desayuno de trabajo. Comienza luego la frenética actividad diaria en un hábitat tan natural como residual. A partir de las 13 h. se abre un mercadillo temático entorno a las apariciones: artesanía, gastronomía y parasicología son las secciones más celebradas por los numerosísimos visitantes que abarrotan la playa de levante de este histórico recinto. Recomendamos que saboreen el *Kalicojo*, versión paranormal con ingredientes ecológicos secretos del tradicional calimocho, elaborado por el chamán del *Kampamento*.

Pero hoy nuestro objetivo es ofrecerles en primera persona y a viva voz la versión más documentada sobre la posible identidad del *Fantasma del balneario*. Me encuentro en el taller de Miguel Aparicio, paleño de familia marenga de *toalavía* y uno de los poquísimos carpinteros de ribera andaluces en activo, quien desea desmontar todas las patrañas que se han contado estos días sobre el fantasma. A Miguel le irritan las especulaciones que se difunden sobre tales apariciones, no admite que se hable del alma en pena de un ecologista suicida, o de un naufrago fenicio, o de un soldado de un submarino hundido, o de yo qué sé...





Lo que pasó es que Manuel se había enamorado locamente de Victoria, con ella tocó el cielo, pero cuando la señorita se marchó de Málaga le faltaba el aire, luego le vendría la desgracia. Ella decidió irse de España y él lloraba a solas con un desconsuelo que parecía un perrillo abandonado por su amo. Todo esto lo sé de buena tinta porque así de clarito me lo contó mi abuelo, que por aquel entonces era uña y carne con Ermanu. Lo de ahora, las apariciones en el balneario, son cosas que

sólo saben o se inventan los jipis que acampan allí, que para eso tienen tiempo, y mucha colgaera de tanto trócolo que se fuman.

La verdad sólo tiene un camino y este caso pide detalles. Mi abuelo Isidro fue siempre la sombra de Manuel Benavides, más que ley le tenía auténtica adoración, y eso que era unos años mayor que él: mi abuelo nació con el siglo y Ermanu vio la luz el mismo día que inauguraron el tendido eléctrico del barrio. Por aquellas fechas el mismísimo Alfonso XIII visitaba nuestra zona y aunque ni el parto ni el embarazo tenían relación con aquellos acontecimientos, a mi abuelo le gustaba relatarle tales coincidencias. Todo el rebalaje, los cuatro gatos que eran entonces, celebró por todo lo alto aquellos sucesos luminosos, aunque hubo un marengo tuerto y adivino que dijo que aquello traería mal fario al recién nacido.

En algo acertó aquel tuerto malage, a los doce años el zagal se lisió de mala manera, fue ayudando a varar la jábega, un paral lo sacudió de refilón en un tobillo y un chino de punta tapado en la arena lo remató, con tal mal bajío que Ermanu ya se quedó cojito para los restos. Mi abuelo, que hacía de amocael en la misma faena, fue quien primero le echó una mano. Me da rabia y corte recordarlo: le meó con todas sus ganas sobre la herida en carne viva, puede que eso le calmara porque el dolor le desencajaba hasta las pestañas. Aquel accidente unió para siempre a Isidro Aparicio y a Manuel Benavides, fue como un pacto de orina, aunque me dé corte llamarlo así. Desde entonces Ermanu, que siempre sería un hombre con arrestos, le tuvo más que jindama a la barca.

Con el tiempo formaron un dúo inseparable, los dos se hicieron cenacheros, la idea fue de Manuel, mi abuelo la apoyó sin pestañear. Desde El Palo, que entonces era el fin del mundo, todo estaba lejos, pero la caminata a Málaga merecía la pena, allí se vendía bien. Al principio no pasaban de Buenavista, con el tiempo se fueron animando hasta que descubrieron la Fuente de Reding. Allí se refrescaban, comían algo y ensayaban los pregones de la venta.

Un día la señorita Victoria estaba en casa de una amiga, la que había pegada a la fuente, y vio desde la ventana a la pareja de cenacheros más enjaretá y con más arte de toda Málaga. No les faltaba un detalle, los cenachos y las alpargatas de esparto, los bombachos arremangados con remiendos en la rodilla, el fajín rojo y los brazos en jarras, con aquellos sombreros de invierno y de verano que se heredaban; en fin, de postal. Además lucían un pañuelo al cuello de color, el de mi abuelo era rojo, el de Manuel, blanco, pero se los intercambiaban a diario. Lo mismo con la báscula y el dinero: uno pesaba y otro cobraba, al día siguiente, al revés. A ellos les gustaba



sentirse observados por la señorita, se crecían en los preparativos de su faena. Compartían todo, hasta a las admiradoras que a Manuel le salían a pares.

La señorita no les quitaba ojo. Manuel tenía mucha gracia y garbo en los andares, la gente no quincaba su cojera, le bailaban los pies pregonando el pescado, la voz cantarina de chaval con la bravura de un mayor: ¡Boquerones vivitos y coleando, de El Palo los traigo andando!, tomaba aire y sacaba pecho. Tenía tanta chispa que hacía rimas con el nombre de los clientes habituales ¡Traigo las mejores sardinas, si no las compra Isabel, se las lleva Josefina! ¡Los victorianos, hoy no los vendo porque ayer los encargó Don Rosendo! ¡Julita, mira qué gambas, si no las quieres probar, se las comerá Fernanda! Le decía a mi abuelo que así se vendía más, técnicas de márquetin que le llaman ahora.

Las fotografías antiguas lo cuentan mejor que yo. Llamaba la atención que Manuel con solo catorce añitos tuviera la apostura de un torero haciendo el paseíllo, tenía fina estampa y una mirada rebelde que cautivaba, vamos, que engatusó a la señorita Victoria la segunda vez que le reconoció vendiendo pescado por la parte de Gibralfaro, así me lo contó mi abuelo. Porque ella, aunque Manuel al final no lo creía, siempre, desde el primer día en la fuente, estuvo enamorada de él.

La venta de pescado les iba de maravillas, y así la familia de Manuel y la mía, que siempre estaban tiasas, pudieron tirar para adelante en aquella época tan chungueta. Media Málaga pasaba hambre y la otra lo disimulaba, sólo cuatro familias de señoritos vivían a cuerpo de rey. El camino diario de El Palo a Málaga y el callejeo constante hasta vaciar de pescado los cenachos abrieron los ojos a Manuel, descubrió otro mundo, era la otra cara de la vida, nada que ver con la brega cotidiana que la gente del rebalaje y las viñas tenía que soportar. Descubrió que pasando el arroyo de los Pilonos empezaba el mundo de la ropa limpia, de los zapatos con brillo y de las caras risueñas, no, nada que ver.

Lo que le cambió el rumbo a Manuel fue la inauguración de los Baños del Carmen, justo en la frontera del otro mundo. Aquellas instalaciones que habían montado en la playa de las piedras eran de cuento de hadas, pero la gente de las chozas de la otra playa ni pisaba la entrada, Manuel sería el primero.



Un día yendo mi abuelo Isidro y Manuel para Málaga se pararon delante de la fachada de los Baños y contemplando el panorama lo celebraron, sobre todo Manuel que siempre fue muy abierto a lo nuevo. Todo muy bonito, con su ladrillo visto, su cerámica, sus tejas, y en la parte

de arriba había como jarrones para decorar, con las vías del tranvía delante y una cerca de madera, todo reluciente como el primer día..., pero... qué coño, que ahora está hecho una auténtica ñorda, con perdón. Manuel leyó con dificultad, con su voz pregonera una hoja de imprenta que alguien le había dado:



## Balneario del Carmen

Lugar de reunión de la buena sociedad

VERBENA, CONCIERTOS, DEPORTES

Nada más terminar de leerlo, dijo en voz alta: ¡Coño, que le han puesto puertas al mar!, levantó la vista y vio a la señorita Victoria con un grupo de amigos que riendo y por derecho entraban en el otro mundo, en un buen banco donde solo pescan unos pocos. A ella también le llamó la atención que Manuel estuviera allí, así me lo contó mi abuelo. Fue en ese instante, Manuel decidió hacerse camarero o lo que fuera para poder entrar en aquel balneario prohibido a los pobres.

Esperaría unos años, mientras, se fijaba en los camareros que servían las mesas en el merendero Miguel de la sardina. Manuel no perdía detalle, la postura de las manos, los movimientos de la bandeja, también las reverencias que hacían a los clientes más distinguidos... Todo lo grababa y luego, cuando dejaba los bártulos en su choza, se iba solo a ensayar en la playa, detrás de las barcas varadas. A veces le pedía a mi abuelo Isidro que hiciera de cliente especial, luego de cliente exigente... hasta la Maru, que por entonces estaba ennoviada con mi abuelo, actuaba en aquel teatrillo. La gente llegó a decir que Manuel había perdido la chaveta y que mi abuelo le seguía el rollo.

Ya lo creo que le seguía el rollo, cómo que Manuel le contagió las ganas de hacerse camarero de los Baños del Carmen. La Sociedad concesionaria del balneario les metió en plantilla, la estampa torera, el saber estar, la percha de Manuel, y que mi abuelo era callado pero rápido en el servicio, les dieron pronto fama entre todos clientes que disfrutaban del agua y del sol, de la alegría de vivir a su antojo. Yo he leído que se lo montaban como en San Sebastián.

Manuel se quedó prendado cuando un día atendió a la señorita Victoria, estaban en el comedor acristalado, él, todo de blanco y peinado para atrás, ella iba con un vestido muy atrevido, con los hombros al aire, y, por lo menos así me lo contó mi abuelo que atendía la misma mesa, estaba muy guapa, era distinta a sus amigos los señoritos. Ella, aunque fuera verano, siempre pedía de primero un caldillo de pintarroja. Mi abuelo, que por entonces todavía no había ido al cine, me contaba que aquello fue de película, se reconocieron y se saludaron sin hablar. Cuando abandonaron el comedor la señorita Victoria le preguntó por su nombre. Manuel Benavides, para servirle, dijo él. Yo, Victoria, sin decir el apellido.





Hasta ahora la fiel transcripción de la viva y emotiva voz de Miguel Aparicio fluía evocadora en estas páginas, pero la irrupción inesperada en el taller de Carlos Aparicio, su destemplado hijo mayor, está a punto de abortar este reportaje sobre la posible identidad del fantasma del Balneario. Carlitos mira con desaprobación la grabadora, ignora mi presencia y de modo cortés pide silencio a su padre. Luego abre el periódico y con voz retadora y sarcástica lee *¡El Kampamento okupacional de jipis y asimilados se escinde en sectas! Después de la asamblea nocherniega, que duró hasta el amanecer por los encendidos debates entre los asistentes sobre quién es realmente el fantasma, se han constituido cuatro sectas enfrentadas entre sí según las hipótesis que cada una defiende. Imposible cuantificar los adeptos a cada facción porque a la hora de votar se limitaban a hacer los cinco lobitos con las manos en alto.*

-¿Quieres que siga? -preguntó desafiante el hijo.

-Sigue, Carlitos, aunque me hierva la sangre, que esta verbena la cierro yo.

*Los seguidores de la Secta del Ojo creen ciegamente que el fantasma es el pintor fenicio que dibujó el primer ojo de una jábega. Apoyan su fe en que aquel luminoso pintor después de siglos de plagios regresa para exigir sus usurpados derechos de autor. Postulan que el artista aparecido no padece cojera sino un intenso reuma palúdico.*

*Los seguidores de la Secta Nereo creen contra viento y marea que quien se aparece es el mismísimo Nereo que regresa para defender su genuina imagen pagana después de verse emparentado con la Virgen del Carmen en un mural de las inmediaciones del Balneario. Atribuyen la cojera del fantasma a la ancianidad del dios de las olas y a que se sostiene en un tridente.*

*Los seguidores de la Secta del Ecologista suicida creen radicalmente que es un joven que en los años ochenta estaba tan identificado con el medio que injirió él solito una pócima de Limonium malacitanum, y que regresa para prevenir contra la ingesta desmedida de endemismo, vulgarmente denominado síndrome tapioca.*

*Y están finalmente los seguidores de la Secta Yo solo pasaba por aquí, pero aquí se está tan agustito, tan agustito que aquí me quedo. Sus adeptos creen que nadie regresa si no se ha ido y que el fantasma habita en nosotros mismos. Sea o no sea cojo el fantasma, se lo pasan cojonudo...*

Carlos Aparicio cesa la lectura de la crónica y este humilde reportero se queda atónito al observar cómo Miguel enciende la grabadora y prosigue con decisión la verdadera historia del Cojo del Balneario...

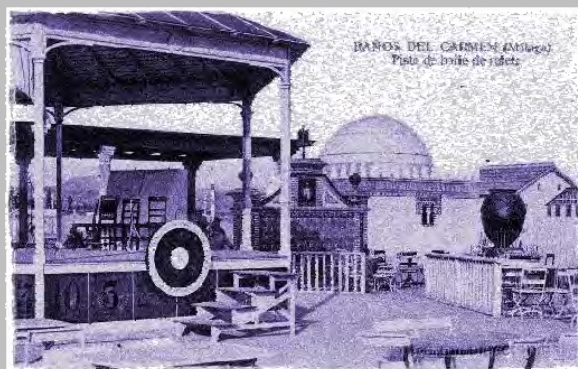
*Con el tiempo, Manuel se cruzó de sopetón con la señorita Victoria que salía de una escuela para niñas pobres, sí, una que había cerca del castillo de Gibralfaro. Entonces ella va y le saluda como si fueran viejos amigos, y sin más les invita a los dos, también a mi abuelo, a tomar un refresco o lo que sea en su propia casa, en La Torrecilla, lo de casa es un decir, aquello era un palacio. Se montaron en un coche que conducía la señorita Victoria, y qué manejo tenía la gachí. Mi abuelo dice que ese mismo día empezó el romance que terminó de mala manera. La*



señorita siempre llevaba la delantera, y él, más colorao que un tomate de Almayate. La familia era mitad malagueña, mitad sueca, con mucha guita, el padre dirigía negocios en el puerto y era muy de aquí. Ella tenía estudios y unas ideas muy modernas, hay una foto donde se ve a la señorita Victoria hablando a un grupo de mujeres desde una tribuna, por detrás pone Victoria arenga a las sufragistas, Madrid 1923, pero yo he sabido un poco de qué iba ella leyendo por mi cuenta algunas cositas de la historia de entonces.

Mi abuelo oía a la gente cuchichear que formaban una pareja muy rara, como la noche y el día, pero pronto encajaron como un guante. Manuel estaba tan enamorado que los días que tenía libres de servicio iba al balneario y acompañaba a la señorita como si él fuera de la clientela habitual. Así, poco a poco y de su mano se convirtió en otra persona, con su chaqueta planchada, su sombrero de banda, y con unos aires finolis de aquí te espero. La señorita Victoria era su novia, ya lo creo, y también su pasaporte al nuevo mundo, su maestra, el timón en su nueva vida. Con ella aprendió a leer la prensa, a bailar, a jugar al tenis y hasta a nadar. Manuel parecía otro, un malagueño de postín, pero su corazón seguía con la gente del rebalaje, siempre pasaba una parte del sueldo a su familia, era eso lo que más encandilaba a la señorita.

Pero la envidia es como la tiña, los amiguitos y la propia familia de Victoria no veían con buenos ojos aquel romance tan auténtico. La madre era una sueca muy abierta y lo aceptó como un capricho pasajero de la niña, pero al rancio de su padre aquello se le atragantó, nunca aceptó al Cojito del Palo, como llamaban los señoritos a Manuel, no encajaba en su mundo, era un intruso que cazaba en coto privado.



La repanocha fue cuando Manuel y Victoria ganaron el baile de parejas de las Fiestas de la Primavera. La final estuvo muy reñida, empataron con otra pareja de familia muy señalada en Málaga a la que todo el público apoyaba, no paraban de aplaudir, pero va el jurado y, toma, nombra ganadores a la pareja de el Cojito del Palo. El gachó de la otra, don Florencio..., pero el apellido me lo callo, echaba chispas por los ojos contra Manuel, que de contento no paraba de saltar, como si la cojera no fuera con él. Mi abuelo decía que el esaborío aquel le puso la proa, y entre dientes se la juró para los restos. Para rematar la faena, la señorita Victoria, tan fina y deportiva ella, ofreció desde el escenario compartir el premio con la otra pareja.



Por aquella época en Málaga se caldeaba el ambiente, yo he leído que llegaron los republicanos, la gente estaba hasta el moño de tanta miseria, quería darle la vuelta a la tortilla, el obispo salió de patitas y los jesuitas se quedaron sin colegio en El Palo. La señorita Victoria, siempre echó palante, estaba metida en todos los fregaos. Manuel le comentaba a mi abuelo que aquella mujer les iba a llevar a la ruina, pero que la entendía, cómo no la iba a entender, si la señorita lo que quería es que la gente supiera leer y que pudiera llevar zapatos nuevos.

La señorita Victoria empezó a viajar con más frecuencia, a todas partes, hasta al extranjero, pero volvía a los pocos meses, le gustaba vivir en Málaga, eso sí, siempre metida en follones. Ella se vestía de mujer total cuando volvía al Balneario con su Manuel. Él, después de terminar el turno de camarero o de jardinero, cogía del brazo a su Victoria y paseaban felices a la sombra de las pérgolas de madresevas y buganvillas, contoneándose como si la cojera no fuera con él. Se detenían en el banco de los jazmines amarillos y allí soñaban con los ojos abiertos. El embarcadero era su sitio preferido, allí estaban lejos de algunas malas lenguas y de los rencorosos.

Mi abuelo me dijo que ella no entendía de casarse ni de tener hijos, y que Manuel se encendía si hablaban de esos temas, eso le reconcomía y llegó a pensar que Victoria jugaba con él. Que la señorita no era barca de un solo patrón, que eran como la noche y el día, le repetía mi abuelo, y él miraba para otro lado. Manuel le llegó a confesar que creía que Victoria le estaba engatusando, que se sentía como un capricho, un juguete en sus manos.

Un año antes de que pasara lo que pasó, la señorita se fue de viaje a Estocolmo y tardó demasiado en volver, demasiado. Las cartas que escribía de vez en cuando a Manuel le atizaban el fuego del cariño. La señorita Victoria pensaba venir, pero por hache o por be, por sus asuntos, por el miedo al panorama político de Málaga siempre lo aplazaba. Una vez le llegó una fotografía, decía por detrás: Grupo de congresistas españoles en el Museo Nobel de Estocolmo, 1934. En esa foto un compañero de la delegación pasaba el brazo por los hombros a Victoria, y le empezaron los celos sin ton ni son, una quemazón que le devoraba a todas horas, tenía achares hasta del aire y se estaba quedando escuchimizado de no probar bocado. Empezó a volverse huraño con los parroquianos del Balneario, sobre todo con los amiguitos de Victoria, que celebraban en corrillo que la señorita tarde o temprano dejaría plantado al patán de Manuel.

A todo esto, Victoria ya le había propuesto mucho antes a Manuel que la acompañase en una de sus temporadas en el extranjero, pero él no se veía en aquellos ambientes y además, aunque no lo pareciera, le tiraba su gente.

En una ocasión, y creo que este detalle tiene su importancia, mi abuelo vio que un correveidile de don Florencio le pasó un periódico a Manuel, tengo todavía el recorte: Baile en la recepción oficial a la Delegación Española de Cultura, Bruselas, allí estaba Victoria bailando sevillanas, a su pareja no se le veía la cara, pero a Manuel le ganaron los celos, estuvo a punto de romper el periódico pero aguantó el envite y lo dobló para leerlo luego. Y ya lo creo, lo leyó más de mil veces, se envenenó, se tiraba horas enteras mirando aquella fotografía, parecía en otro mundo.



La pena negra que sentía Manuel sólo la sabe mi abuelo, me dijo que hasta la cojera se le empezó a notar, entonces pidió al encargado del Balneario el turno de la noche, él siempre se quedaba de guarda cuando se cerraban todas las instalaciones. A solas, una y otra noche releía sin parar las cartas que Victoria le seguía mandando, la de veces que miró la foto de Bruselas, aquella foto fue su puntilla. Se quedó como aventao, de día huía de la gente igual que un perrito apaleado.

Más adelante le enseñó a mi abuelo una carta de Victoria, ya sabía que Manuel trabajaba de vigilante nocturno, le prometía que haría una escapada a Málaga y le pedía que tuviese preparada una mesa para los dos en la terraza superior del restaurante, con los detalles que él ya sabía...



A Miguel le tiembla la voz, respira entrecortado, se detiene y pide una copita de ron a su hijo que ha abandonado sus recelos ante la prensa y no pierde ni un detalle de la historia. Entra inesperadamente en el taller *Paca la de las Cuatro Esquinas* que después de dar tres veces las buenas tardes dice:

-Vengo de parte de mi hijo, que no él no puede venir, a pedirle un gran favor que está en su mano y a usted, Miguel, no le supone mucho, ¿puedo sentarme, no?

-Venga, Paca, suelta ya el mandado -responde Miguel que se toma la interrupción de la visita como un alivio en el relato que le resecaba la garganta.

-Recordará usted, Miguel, que mi Juan llevaba más de un año que no le salía nada, pues, mire usted por dónde, por el asunto ese de las apariciones le han ofrecido un trabajito que promete. Yo voy a repetir lo que mi niño me ha dicho que le diga, porque, la verdad yo no sé muy bien de qué van estas cosas. Resulta que los de la Secta Nereo han programado una coreografía para atraer neófitos y visitantes a su zona. Aquí me lo ha apuntado mi Juan: *Cincuenta Nereidas Cincuenta: Muchas jóvenes desnudas solo coronadas por corales bailan frenéticamente alrededor de su padre Nereo mientras suenan por megafonía truenos y rugidos de olas embravecidas...*

-¿Pero qué pinto yo en esta película, Paca?! –Saltó Miguel interrumpiéndola.



- Pues mi hijo lo tiene claro y se lo voy a decir lo mejor que puedo, que siendo usted, Miguel, un hombre con tanta sensibilidad, y por su aspecto tan bíblico, mi Juan ha pensado que usted podría hacer de Nereo...

Miguel no da crédito a la propuesta, frena por señas a su interlocutora y cuando parece que va a espetarle algún impropio, se lo piensa y le dice con ironía:

-Si quieres mi respuesta, Paca, escucha primero con atención lo que le estoy contando a este señor periodista...

*Una tarde mi abuelo había terminado su servicio, iba a dejar el Balneario y el encargado le pidió que convenciese como fuera a Manuel, por lo más sagrado, para que esa noche no hiciera la vigilancia, que se fuera a su casa porque los de la Comandancia de Marina habían avisado de que una potente levanter se venía encima, que iba a llover a mantas, que toda la gente del rebalaje estaba alerta, les aconsejaba que se alejasen de sus casas, mejor dicho, de sus chozas. Aquella iba a ser de tres pares de narices, el Monte San Antón tenía moños y por el Candado venía más que negro.*

*Si esto se hunde que se hunda, que yo de aquí no me muevo, Manuel había perdido la chaveta. Mi abuelo dijo que la última vez que le vio en pie, le vio cantando camino del embarcadero. Luego fue todo muy deprisa: caían chuzos de punta, las olas rompían en las pérgolas, al ladito de las cristaleras del restaurante, la instalación eléctrica se quemó, la del teléfono ni te digo, y el viento arrancó algunos árboles, mi abuelo ya se iba de allí y oyó gritos. La voz de Manuel llegaba a rachas, le salía de sus entrañas, pedía socorro a la desesperada. A mi abuelo se le quitó el canguelo del tormentón, y eso que arreciaba. Cogió una linterna de la caseta de mantenimiento y se fue como una bala al embarcadero. Aquello era la boca del lobo, con la linterna enfocó hacia la punta y vio a Manuel atrapado entre los tablones, me dijo que parecía un pajarito pillao en una trampa, movía los brazos sin parar, porque las piernas no se le veían.*



*Mi abuelo sabía que él solo no podía salvar a Manuel y en seguida se le pasó por la cabeza pedir ayuda en el caserío del Monte de San Telmo, era lo que le quedaba más cerca. Salió disparado del Balneario, cruzó la parada de carruajes de la entrada, así le llamaban entonces al aparcamiento, y enfiló por aquellos repechos cuesta arriba, cayendo agua sin parar, aquello era el diluvio universal. Mi abuelo aporreó la puerta de la primera casa, no hacían falta palabras, la cara desencajada de mi abuelo bastó para que tres hombres se ofrecieran para lo que fuese*



menester. Cogieron sogas, linternas y la lona de la leñera para protegerse del aguacero y enfilaron hacia abajo.

Los tres hombres del caserío que bajaban hacia El Balneario, lo vieron tan bien como lo vio mi abuelo: el resplandor de los faros de un coche que salía a toda pastilla de la parada de carruajes, aquello les llamó la atención por la hora y por la que estaba cayendo, pero entonces no le dieron importancia. Aceleraron el paso, cruzaron la entrada y tiraron hacia poniente con mi abuelo a la cabeza. Llegaron sin aliento al embarcadero, pero allí no había ni rastro de Manuel...

Las últimas palabras de Miguel suenan casi intermitentes por la angustia del recuerdo, resopla conteniendo las lágrimas y parece dar por concluida la historia. Pero no..., mira a su hijo Carlos directamente a los ojos y con la complicidad de quien revela un secreto le dice bajando la voz:

-Mi abuelo terminaba siempre aquí la tragedia de Manuel, ya no seguía, hasta que viéndose ya mayor y que las cosas de la política habían cambiado, me dijo que no me lo había contado todo para no envenenarme la sangre. Esa vez me lo contó entero. Necesito otro trago, Carlos.

Luego Miguel agrega con mucha amabilidad que me quede ya que yo he venido a escuchar la verdad, y a Paca la de las Cuatro Esquinas que también porque es casi de la familia.

A la mañana siguiente ya había pasado la borrasca, el balneario había quedado destrozado, los bomberos revisaron todos los alrededores del embarcadero, y nada, ni rastro. Remiraron el fondo de la playa, también entre el roquedo y nada, ni rastro de Manuel. La Guardia civil inspeccionó todo el recinto palmo a palmo y empezó a dudar de la versión de mi abuelo.

Al mediodía, la Guardia civil encontró el cuerpo sin vida de Manuel en la desembocadura del arroyo Los Pilonos, justo en la frontera con el mundo del rebalaje, estaba bocabajo, casi sepultado entre las pedruscos y el barro que todavía arrastraba la crecida. Mi abuelo se quedó sin aire, luego le dijo al juez que levantó el cadáver y a quien quisiera oírle que aquello era un contradios, que los muertos no andan solos, que por fin lo habían conseguido, también que había visto un coche salir a toda marcha del aparcamiento, pero nadie le creyó, ni los hombres del caserío tuvieron agallas de apoyar a mi abuelo en las declaraciones. La gente porfiaba que se le había pegao la ventolera de Er Manu.

La muerte de Manuel, pero no me tiren más de la lengua, nunca quedó clara, el caso se cerró antes de abrirse porque mi abuelo no sabía moverse en estos asuntos de leyes, y menos su familia que estaba tan destrozada. Aquí está el recorte de un periódico de entonces: El fuerte temporal de levante destroza instalaciones en los Baños del Carmen, en letra grande, y luego más chico: Hallado el cuerpo sin vida del vigilante nocturno. Me da dentera leerlo pero lo dice: ... posiblemente se trate de una operación de contrabando que se vio truncada por los fuertes vientos... Pero mi abuelo repetía que a Manuel le dieron la del pulpo.

Tuvo que venir del extranjero la señorita Victoria, que se enteró muy tarde, porque ni mi abuelo la avisó en su momento, para que la policía siguiera investigando qué carajo pasó



*aquella noche. La señorita demostró entonces ser una mujer entera y verdadera, que siempre había querido a su Manuel. También le dijo a mi abuelo que el asunto iba lento, que había malagueños de postín en el ajo. Vino luego lo del Alzamiento Nacional, la jodida guerra, y la muerte de Manuel cayó en el olvido. Victoria ya no volvió, murió exiliada en Méjico.*

*Y ahora la verdadera historia de Manuel ha quedado clarita, pero la leyenda de El Fantasma del Balneario, eso es puro pego, un circo con camellos que se han montado los jipis. La prensa les ha seguido el rollo, yo estos días he leído de todo, de todo, y solo me creo que todas las noches de tormenta un hombre de unos treinta años prepara lentamente una mesa para dos en la terraza superior del restaurante, con una cojera pronunciada arregla las macetas y repone las flores de los jarrones, claveles rojos, jazmines amarillos y lavandas, enciende los candelabros, y cuando todo está dispuesto espera, espera a alguien con la mirada perdida hacia el desaparecido embarcadero. Solo falta que el periodista hubiera escrito que le llegaba un olor a caldito de pintarroja. Yo no quito ni pongo rey, pero puede que Manuel Benavides, con la mala muerte que le dieron, después de tantos años siga todavía esperando a Victoria.*

Ramón Crespo

Marzo 2012







*Cuadernos del Rebalaje*  
es una publicación periódica  
editada por la asociación cultural  
**Amigos de la Barca de Jábega**

Se autoriza su uso y difusión, citando procedencia y autoría

Amigos de la **Barca de Jábega** está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el nº 9210 de la Sección 1. (Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el nº 2372. (Resolución de 27/09/2010)

Su domicilio social se encuentra en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/nº. 29018-MÁLAGA

Más información en [info@amigosjabega.org](mailto:info@amigosjabega.org)

Diseño y maquetación: F. F.

